



*D. Miguel Hidalgo y Costilla y Gallaga; nació el 8 de Mayo de 1753. Primer Gobernante de México por la voluntad nacional.*

*Mig. Hidalgo  
Capn Genl de  
America*

*Copiado del que se encuentra en el salon de recepciones del Palacio nacional de México.*

*L. de Morúa y Rojas.*

## DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.

HABIA sonado la hora de la emancipacion de las Américas españolas; el pueblo mexicano iba á despertar á una vida de gloria, viniendo diversas causas providenciales á determinar aquel suceso por medios que parecen meramente humanos. La creencia de que la Madre Patria habia de ser indefectiblemente de los franceses á quienes se les suponía una fuerza superior á la de un pueblo que queria ser libre; el influjo atribuido á los agentes de Napoleon y á las miras mercantiles de los ingleses, no habrian sido sin duda bastantes á conmover las colonias y á romper la adhesion que tenian á la Metrópoli, si no hubieran sentido los pueblos el irritante aguijon de los ataques personales, y la conviccion de que creciendo de día en día la opresion, alejábase de ellos la esperanza de reforma engendrando el deseo de independenciam como único remedio.

En Nueva-Granada el corregidor del Socorro determina la revolucion en Julio de 1810 al hostilizar con tropas al pueblo desarmado, y en Santa Fé prende la chispa revolucionaria al insulto, por palabras injuriosas, de un tendero europeo á un americano. En Cartajena estalla la revolucion en Agosto por las odiosas diferencias que fomentaba el gobernador entre españoles europeos y americanos; en Chile, los atentados y extraordinarias violencias del capitán general Carrasco, dieron por resultado la creacion de una junta de gobierno en 18 de Setiembre. Ataques personales eran en Nueva-España la destruccion de ciertas plantas que estaba prohibido sembrar, habiéndose dado el caso de que muchas veces fueran aserradas las cepas; á los vecinos de Puebla se les impidió continuar el comercio de frutos del país, por cuya disposicion muchos se arruinaron; y prohibido el envío de harina á Barlovento, tan solo se admitió con exorbitantes contribuciones. Muy directamente estaba atacada la personalidad al ser preferidos para todos los puestos superiores los europeos, en tanto que para los americanos tan solo habia desprecio. En México, desde la prision de Iturrigaray, se habia avivado la rivalidad entre españoles y americanos, siendo muchos de éstos encarcelados ó desterrados, cuando en cambio la faccion contraria fué recompensada con las gracias que trajo el virey Venegas, viniendo los ataques personales ejercidos por una tiranía sin límite á determinar el glorioso levantamiento que apareció en el pueblo de Dolores en Setiembre de 1810.

Grandes debieron ser los sufrimientos de los pueblos americanos para que se lanzaran á la rebelion, cansados de tres siglos de penas en los cuales mostraron constantemente su docilidad, la suavidad de su carácter, su mansedumbre y humildad que tocaba casi en el abatimiento. No es nuestro propósito inventar recriminaciones ni culpar á deter-

minada clase, solo queremos hacer constar que la opresion fué sin duda el primer eslabon de la cadena de causas que produjeron el levantamiento de los pueblos, que nunca pudieron ser tachados de ingratos, porque aprovecharon la coyuntura de hacerse libres, derecho proclamado ante la Junta Central por el ilustre D. Gaspar de Jovellanos. No faltaron europeos que, dolidos de la suerte que tocó á los americanos, escribieran en su defensa como D. Antonio Castañeda, Feixoo y otros; pero gobernadas las colonias desde hacia algun tiempo por hombres ambiciosos é inmorales, llenóse la medida de paciencia del Todopoderoso, y derramáronse los males sobre la Madre Patria que fué invadida por grandes calamidades, consecuencia de una larga série de delitos y prostitucion, y de la inmutable ley de que no puede ser dichoso un pueblo que oprime á otro.

Es digno de notarse que siempre comenzaron las conmociones populares por agravios inferidos por europeos á los americanos y nunca por éstos á los primeros. En todas partes prendian las autoridades y procesaban al americano que se espesaba contra los europeos y nunca se dió el caso contrario, y ¿esto era justo? Se hacian continuas remesas, bajo partida de registro, de vasallos americanos á la Península en donde quedaban absueltos, lo que prueba el atropellamiento con que eran tratados. El mismo grito de Dolores no vino á ser determinado por el sumo temor que habia infundido la persecucion? Si se ha de usar de imparcialidad hay que convenir que tal situacion si no disculpa del todo al menos disminuye los excesos cometidos para combatirla, pues es virtud superior al heroismo el recibir injurias y no repeler con la fuerza al que las provoca. ¿Nada dice á la inteligencia del hombre reflexivo la uniformidad con que se efectuaron los movimientos insurreccionales, en el espacio tan vasto de la América? ¿Nada la espontaneidad con que tuvieron efecto? y podrá llamarse rebelion y ser criminal una revolucion que tiene tales caracteres? Solo el temor al desbordamiento de las pasiones y á la falta de respeto por la propiedad, y el carácter pacífico de los americanos, pudieron tener callada por tanto tiempo la manifestacion de sentimientos tan generalizados en favor de la independencia, que es la justicia refrenando el espíritu de dominacion que agita á los hombres y á las naciones, que es la armonía entre los derechos y las obligaciones, el combate entre el poder y la igualdad.

Ese silencio fué interrumpido en Nueva-España por la voz del modesto sacerdote cura del pueblo de Dolores, MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, hijo segundo de D. Cristóbal Hidalgo y de Doña Ana María de Gallaga, nacido el 8 de Mayo de 1753 en la hacienda de Corralejo, jurisdiccion de Pénjamo en el Estado de Guanajuato.<sup>1</sup> Del seno de

<sup>1</sup> Hé aquí la fé de bautismo del patriota D. Miguel Hidalgo y Costilla, tomada de la obra del Sr. Alaman:

“Yo el ciudadano Teodoro Degollado, teniente encargado del curato y juzgado eclesiástico de este pueblo de Pénjamo y su partido, con asistencia de presente notario nombrado, doy fé que en un libro de bautismos de esta iglesia, forrado en pergamino que registré: en el año de mil setecientos cincuenta y tres, fojas diez y seis vuelta se halla una partida que es del tenor siguiente:—En la capilla de Cuitzeo de los Naranjos, á los diez y seis de Mayo de setecientos cincuenta y tres: el Br. D. Agustin Salazar, teniente de cura, solemnemente bautizó, puso óleo y crisma y por nombre Miguel, Gregorio, Antonio, Ignacio, á un infante de ocho dias, hijo de D. Cristóbal Hidalgo y Costilla y D<sup>a</sup> Ana María de Gallaga, españoles cónyuges, vecinos de Corralejo; fueron padrinos D. Francisco y D<sup>a</sup> María de Cisneros, á quienes se amonestó el parentesco de obligacion, y lo firmó con el actual cura.—Bernardo de Aleocer.—Concuerda con la original de dicho libro á que me remito; va cierta, fiel y verdadera, corregida y concertada, para que conste donde convenga, la saqué hoy diez y siete de Enero de mil ochocientos veinticinco.—Teodoro Degollado.—Felipe de Jesus Cisneros, notario nombrado.”

la oscuridad le sacaba el Altísimo para constituirlo en el campeon de la independencia de un numeroso pueblo, y venia á desafiar el humilde hombre no solo al poder físico de los conquistadores, sino al poder de las costumbres mucho más fuerte que el primero. Pasó sus primeros años en el campo que es donde se dulcifican los sentimientos, y despues fué á Valladolid á estudiar en el colegio de San Nicolás, levantándolo su inteligencia hasta dar cursos de filosofía y teología y llegar á ser rector del establecimiento, cuyos colegiales le llamaban el «zorro.» La meditacion filosófica del fin á que se reduce todo lo que rodea al hombre, le abstraía y habiendo resuelto seguir la carrera que le permitiera vivir libremente con sus pensamientos, adoptó la eclesiástica pasando á México á recibir las órdenes hácia 1779, obteniendo tambien el grado de bachiller en teología. Esa profunda inclinacion á los pensamientos concentrados, y sus sentimientos, como los de todas las almas elevadas que buscan en la filosofía el remedio de las miserias de la humanidad, contribuyeron á llevarlo á excesos que no fueron más que productos de su exquisita sensibilidad, y estravíos de un cerebro profundamente pensador. Necesitaremos citar otros ejemplos del estravío de bellísimos corazones y de elevadas inteligencias despues de escribir los nombres de David y Salomon? Por una fatalidad inseparable de nuestra naturaleza, los buenos sentimientos hacen cometer con frecuencia malas acciones, mancillando los medios de ejecucion los designios más nobles; pero hay que recordar siempre que el carácter de las grandes acciones debe tomarse de los motivos que las determinan, y no de los accidentes ó del buen ó mal éxito de las empresas.

Hidalgo sirvió varios curatos y por muerte de su hermano el Dr. D. Joaquin, se le dió el del pueblo de Dolores, que producía de ocho á nueve mil pesos anuales. Ya entonces algunas leves manifestaciones de sus ideas filosóficas le habian traído acusaciones de no muy ordoxo en sus opiniones, criticándolo tambien por el género de ocupaciones á que se entregaba, pues traduciendo con facilidad el frances, cualidad muy rara entonces, se dedicaba á la lectura de obras de artes y ciencias y tomó empeño en el fomento de varios ramos agrícolas é industriales de su curato, dejando á cargo del presbítero D. Francisco Iglesias la administracion espiritual de los feligreses, con la mitad de la renta del curato, cosa que en aquella época era muy frecuente entre los curas de almas. Ante el sistema de aislamiento establecido, parecia impotente en Nueva-España el movimiento de la civilizacion cuyas terribles luchas y filosóficos combates no se sentian entre nosotros, ahogándolas la presion de las conciencias, y la tiránica máxima de que el poder de los reyes viene de Dios. En el orden moral una idea engendra otra y proviniendo de un pensamiento otro, fórmanse gradualmente el progreso y las mejoras; pero cuando se detiene la marcha constante del bienestar, es necesario que alguna fuerza la regenere y ordene por medio de un impulso más ó menos fuerte. Entonces la naturaleza envia una de esas inteligencias privilegiadas y de esos corazones tiernísimos, necesarios para continuar la marcha paralizada, y que comprendiendo el origen del mal saben hallar el medio de corregirlo, dotándolos hasta de los estravíos necesarios para sus fines. Tal fué Hidalgo: no podia ser abandonado en sus obligaciones ni rejalado en sus costumbres, como se le acusaba, el que pagaba ampliamente un instructor en doctrina para los indios, dirigía su atencion y empleaba su tiempo y dinero en todo lo que creía útil y provechoso para el pueblo, que contaba con el amor de sus feligreses y de personas bien puestas en la sociedad, como el obispo Abad y Queipo y el intendente Riaño, que tambien se interesaban en los adelantos del país. Estendió mucho el cultivo de la uva á pesar de las restricciones á que estaba sujeto, propagó el

de las moreras para la cria de gusanos de seda, de las cuales quedaron en Dolores varios árboles plantados por él y los caños que mandó construir para el riego de todo el plantío. Había, además, hecho formar fábricas de loza y de ladrillo, pilas para curtir pieles, y trabajó por establecer talleres de diversas artes y aumentó la cria de las abejas. Siendo, después de benéfico, franco, se había hecho querer mucho de sus feligreses y en particular de los indios, cuyo idioma conocía, y á quienes había hecho aprender la música á la que le inclinaba su sentimentalismo.

Pero apenas alumbra el feliz día de la gloriosa resurrección de un pueblo, cuando la envidia arroja sobre sus apóstoles lodo, dirigiendo la vista á las faltas que son inherentes á la humanidad, y apartándola de los bienes cuya filosofía es la única que debe considerar el patriota y el cristiano. Ir á buscar la grandeza de alma y la fortaleza apartándose de lo grande y heroico y fijándose tan solo en las sombras del cuadro, indica un corazón débil y un espíritu que se niega á la verdad. Si álguien se sacrifica por darnos la libertad política, que consiste en la personal seguridad y el goce de los derechos, ¿veremos antes que ésto, sus defectos personales, y no le tributaremos gratitud, sin dejar por eso de confesar sus faltas? negar la una porque existen las otras es un rigorismo que han desechado las almas libres, elevando á la categoría de dioses á los hombres que prestaron servicios eminentes, para los cuales tienen los pueblos por único premio el culto público de la gratitud. Aquel que murió en demanda de darnos una posición social, riquezas y honores, que procuró ancho campo donde se ejercitara nuestro entendimiento, tiene derecho á nuestro aprecio sea quien fuere, y aun cuando no hubiera conseguido su objeto.

Refugiada en Querétaro la conspiración abortada en Valladolid bajo la administración del virey-arzobispo Lizana, protegíala el corregidor Dominguez á impulsos del capitán Allende, con quien Hidalgo había tenido varias conversaciones sobre la independencia, sin más objeto que discurrir acerca de ella filosóficamente, mientras que Allende procuraba apelar á las vías de hecho, de lo cual nunca pretendió Hidalgo disuadirlo, y lo más que llegó á decirle fué que los autores de semejantes empresas no gozaban el fruto de ellas. Para realizar Hidalgo el pensamiento de redimir á su patria de la servidumbre colonial, resultado de sus profundas meditaciones, creía conveniente esperar una oportunidad propicia y aprovecharla, conociendo que en los grandes acontecimientos más que el acuerdo fortuito de los individuos opera el necesario encadenamiento de las cosas. Retraído el cura de tomar parte activa, únicamente era contado entre los que estaban en el secreto de la conspiración, pues sea porque positivamente no hubiese elementos, ó porque se los ocultara Allende, cuando éste lo llamó á Querétaro á principios de Setiembre de 1810, se le presentaron personas de tan poco valer y de recursos tan mezquinos, que considerando que con ellos fracasaría la empresa, al volverse al curato escribió que no contaran con él para nada; pero habiendo insistido Allende pintándole muy favorable el estado del negocio, se resolvió á seguir una de esas raras inspiraciones que impulsan al hombre á acometer empresas que parecen superiores al esfuerzo humano, y alentado por las promesas de la fé, exaltado por las bellezas en que se sumergía su imaginación al considerar que iba á sacrificarse por un pueblo, se resolvió á trabajar en el logro de la empresa, mandando construir veinticinco lanzas en el pueblo de Dolores y en la hacienda de Santa Bárbara y se puso en comunicación con el tambor mayor del batallón de Guanajuato, Juan Garrido, y dos sargentos del mismo cuerpo para ganar la tropa.

Si por el efecto se ha de juzgar siempre la causa que parece inmediata, sería increíble que con aquellos tan cortos elementos hubiera comenzado una empresa de grandes resultados. Sabido es que nunca faltan delatores en toda reunión secreta y debido á eso fué descubierta la conspiración y presos algunos de los comprometidos en ella, lo que vagamente supo Hidalgo por el 12 ó 13 de Setiembre, y en consecuencia mandó llamar inmediatamente á Allende para conferenciar acerca de lo que debían hacer. Este se presentó al llamamiento, pero nada arreglaron en los días 14 y 15, hasta que tuvieron noticia por un aviso que enviaba á Allende la Sra. D<sup>a</sup> Josefa Ortiz, esposa del corregidor de Querétaro, de que la conspiración había sido descubierta en esa ciudad, y que se procedía con energía contra los complicados en ella; aquella señora y su esposo trabajaban hacia ya tiempo por la independencia, amparándose para las juntas con el pretesto de fomentar una academia literaria, en la que se reunían los que conspiraban, entre los cuales se contaba el capitán Arias. En las juntas se trataba del sistema de gobierno que convendría adoptar, y aunque parece que nada se había resuelto, sí consta que había el pensamiento de establecer un emperador y varios reyes fedu-tarios.

El primero que denunció la conspiración fué Mariano Galvan, dependiente de la administración de correos de Querétaro, y que hacia de secretario en las juntas; participó al administrador D. Joaquin Quintana que Allende recibía continuamente cartas de Hidalgo, y todo lo demás que sabía; pasó la noticia al administrador general de correos en México y éste al oidor Aguirre, quien previno fueran observados los pasos de los conspiradores, cuya misión se encargaron de desempeñar dos europeos residentes en Querétaro. También había denunciado á Hidalgo en Guanajuato el tambor Garrido. Repetidos por Quintana los avisos se los comunicó Aguirre al virey Venegas que subía de Veracruz á México á tomar posesión del gobierno. Sospechando el capitán Arias que estaba en Querétaro con su compañía, que el plan había sido descubierto, se denunció á sí mismo el 10 de Setiembre ante el alcalde Ochoa, creyendo que ese era un buen medio de salvarse, y el día 13 mostró cartas de Hidalgo y Allende sobre el movimiento que iban á hacer; Ochoa despachó á toda prisa al capitán Arango para que llevara á Venegas la noticia; otros hicieron nuevas denuncias á consecuencia de las cuales fueron presas varias personas y entonces con grande actividad envió la esposa del corregidor por medio del alcaide Perez que habitaba en los bajos de la misma casa que ella, el aviso á San Miguel el Grande, cuya noticia fué conducida á Dolores por el joven Aldama, á quien comunicó Perez su misión. A las cuatro de la mañana del 16 estaban presos todos los conjurados de Querétaro hasta el corregidor y su esposa.

Aldama había partido precipitadamente para Dolores, á donde llegó á las dos de la mañana del mismo 16, y sus toquidos en la casa del cura interrumpieron el pesado silencio de aquella memorable noche; abierta la puerta penetró y habló apresuradamente con Allende y ambos pasaron á la cámara de Hidalgo que se incorporó al ruido y dispuso diesen chocolate al recién llegado; comenzó á vestirse oyendo la relación de Aldama sobre el riesgo que corrían de ser presos, y al calzarse las medias le interrumpió diciendo con lenguaje franco y familiar y que indicaba cuán convencido estaba de la suerte que se les esperaba si no procedían con actividad: «Caballeros, somos perdidos; aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines.» Aldama repuso: «Señor, qué va vd. á hacer..... por amor de Dios que vea lo que hace,» y lo repitió dos veces; pero Hidalgo poseído de la firmeza que dá el convencimiento, permaneció inflexible

concluyendo de vestirse, conociendo que en aquella hora suprema no quedaba más partido que el de apelar á medios extraordinarios.

Algunos partidarios del sistema colonial han levantado la loza del sepulcro de Hidalgo y los otros caudillos de nuestra independencia, poniendo á la vista del público los defectos de los héroes sin tener en cuenta sus esfuerzos y las circunstancias en que los ejercieron, y sin recordar que mientras hubo duda del peligro que se consideraba tal vez remoto, se empleó el tiempo en pláticas inútiles; pero que cuando hubo seguridad de la catástrofe, que es la ocasion en que las almas débiles ó fuertes muestran cuál es su temple, la resolución de Hidalgo fué grandiosa y heroica. Aunque su carácter sacerdotal le ponía al abrigo de la pena de muerte y aun de una violencia en caso de que abortara la conspiración, y podía contar con grandes probabilidades de salir á salvo en la tormenta, también sabía que presos los conspiradores y rotos los hilos de la revolución, tendrían que sufrir mil humillaciones; la fuerza de sus ideas, la fé que tenía en el triunfo de la causa que abrazó y los padecimientos á que probablemente quedaria sujeto cayendo en poder del gobierno español, lo decidieron al arriesgado paso que dió sin fuerzas ni armas que oponer á sus perseguidores; estando sus amigos aterrorizados, sin elementos de ninguna clase, sin plan aprobado y con la sola perspectiva de padecimientos gloriosos, teniendo el firme convencimiento de que el país no necesitaba más que una chispa para incendiarse.

Ya vestido Hidalgo hizo llamar á su hermano D. Mariano y á D. José Santos Villa, y en union de Allende, Aldama y diez hombres armados, salió de su casa, y se dirigió á la cárcel; hizo poner libres á los presos amenazando al alcaide con una pistola, pues necesitaba reunir gente de cualquier modo, armándolos con las espadas del regimiento de la Reina que estaban en el pueblo, y que entregó el sargento Martínez. ¡Con tan reducidos recursos iba á intimidar á la Metrópoli! Casualmente pasaba aquel suceso en la madrugada de un domingo y los habitantes del pueblo y rancherías cercanas despertaron oyendo llamar á misa más temprano que de costumbre; ocurrieron y muchos de ellos tomaron parte en la revuelta, de manera que pronto subió á trescientos el número de los insurgentes, que aprehendieron al subdelegado Rincon y á diez y siete españoles, sin hallar la más pequeña resistencia, por lo cual no hubo que lamentar sino algunos delitos inseparables de la guerra civil. Hay que notar que entre las revoluciones que han cambiado la faz de las naciones, ninguna como la de Dolores apareció menos favorecida de ciertas circunstancias para ser coronada de un éxito feliz, en cuanto á que los elementos constitutivos de nuestra sociedad estaban de tal manera encadenados al sistema colonial, que eran necesarios esfuerzos superiores para romperlos, y aunque era general el deseo de emancipación, no se sabía la manera de sustituir la antigua constitución preparando otra sobre nuevas bases.

Hidalgo y los suyos comprendieron que desde luego lo primero que había que hacer era reunir partidarios y caer con fuerzas considerables sobre Guanajuato. Para lograr su intento se dirigieron á San Miguel el Grande uniéndoseles en el camino porción de gente del campo que llevaba por gefes á los capitanes de las haciendas, teniendo por armas flechas, hondas, palos é instrumentos de labranza, y para darles una bandera tomó el caudillo en el Santuario de Atotonilco una imagen de la Virgen de Guadalupe, creyendo que seria útil apoyar su empresa en la devoción tan general á la venerada imagen, la hizo suspender del asta de una lanza y aquel fué el estandarte del ejército, que la adoptó poniéndola en todos los guiones y usándola los insurgentes en los sombreros;

veíase junto á ella algunas veces el nombre de Fernando VII. Esa manifestación acabó de determinar el que la religión representara un papel principal en los sucesos, adoptando los partidarios de la revolución como distintivo los gritos de «Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!» Los vaqueros y demás gentes á caballo, formaban la caballería, armados con lanzas, espadas ó machetes usados en sus trabajos ordinarios, llevando muy pocos pistolas ó carabinas; ganaba un peso cada hombre montado y cuatro reales cada infante, estableciéndose una tesorería á cargo de D. Mariano Hidalgo. Prosiguiendo su camino pasaron por Chamacuero; entraron los insurgentes á Celaya el 21 siempre poniendo presos á los españoles y saqueando sus casas, accidentes inevitables en aquellas circunstancias. En Celaya recibió la revolución la sanción municipal al ser nombrado Hidalgo por el Ayuntamiento de ella general, Allende teniente general, y coroneles y gefes otros muchos, con lo cual quedó Hidalgo investido del mando supremo por unánime consentimiento, contando ya á sus órdenes un ejército de cincuenta mil hombres que deseaban no ser más tributarios de Europa y que la autoridad estuviera repartida de la manera que lo exigía el bien público y no los intereses de la Metrópoli.

Con tales fuerzas avanzó sobre Guanajuato que cayó en su poder el 28 después de un sangriento combate en la Alhóndiga de Granaditas, cuyos defensores perecieron casi todos pasados á cuchillo, habiendo permanecido Hidalgo en el cuartel del Príncipe durante la refriega. Quiso poner coto á los saqueos de las casas españolas y tendiendo á esto dió órdenes é hizo publicar el 30 un bando con graves penas para los contraventores, y aun llegó á mandar hacer fuego sobre la plebe, que fué la que cometió mayores excesos atribuidos al ejército independiente, pues por parte de los gefes de éste no hubo ni pudo haber más disposiciones que las muy generales, y empezado el ataque no les era posible dar ninguna orden ni hacer que la recibiera la confusa muchedumbre que tan solo deseaba en aquel momento saciar el deseo de vengar á tantos como veía caer por el plomo español. Grande era el sentimiento de odio reprimido que ardía en los corazones de todos los individuos que formaban las castas, pues hasta entonces el más miserable europeo sin educación y de inculto entendimiento, se había creído superior aun á los blancos solamente porque habían nacido en el Nuevo Continente, y sabía que con la protección de los peninsulares podía llegar á puestos cuyo acceso estaba vedado á los nacidos en el país, por más que se distinguieran en saber y en cualidades morales. Ese sentimiento estaba tan marcado, que los criollos tenían á orgullo hacer la distinción de que no eran españoles. Estos creyeron que á semejanza de todos los que están completamente oprimidos, huirían los esclavizados mexicanos á la simple vista del látigo con que acostumbraban castigarlos, por eso para la defensa de Guanajuato habían considerado ser bastantes el puñado de europeos que allí se encerraron.

Terminada la confusión de los primeros momentos se dedicó Hidalgo á organizar el Ayuntamiento, nombró empleados y dispuso el establecimiento de una fundición de cañones, casa de moneda y de todo lo que pudiera sacar provecho de su conquista, y contrariar los grandes recursos militares que aprestaba el virey para combatir la insurrección. La nación toda, reanimada, saludó agradecida al vengador invicto de los más sagrados derechos de los mexicanos; pero el partido europeo multiplicó sus esfuerzos y uno de los medios de que se valió para su objeto fué emplear las armas de la iglesia, conociendo que la multitud estaba justamente impresionada por el principio religioso. El obispo electo de Michoacán que en otros puntos discrepaba del

gobierno, declaró á los principales caudillos excomulgados por perturbadores del órden público, seductores del pueblo, sacrílegos y perjuros, y por haber atentado la persona y libertad del sacristan de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del convento del Carmen de Celaya, aprisionándolos y manteniéndolos arrestados, y exhortó á los que les seguian á que volvieran á sus hogares bajo la misma pena. Otro edicto publicó el arzobispo Lizana en el mismo sentido y prohibió que se disputara si era ó no válida la pastoral de Abad y Queipo. La Inquisicion no se quedó atrás haciendo saber á Hidalgo que desde principios de 1800 se le formaba proceso por hereje y apóstata, y lo declaró sedicioso y hereje formal atribuyéndole que sostenia los puntos siguientes: «negar que Dios castiga en el mundo con penas temporales; la autenticidad de los lugares donde consta esta verdad; hablar con desprecio de los Papas y del gobierno de la iglesia como ejercido por hombres ignorantes, de los cuales uno canonizado acaso estaria en los infiernos; asegurar que ningun judío se podia convertir, pues no constaba la venida del Mesías; negar la perpetua virginidad de la Virgen María; adoptar la doctrina de Lutero en órden á la divina Eucaristía y confesion auricular, negando la autenticidad de la Epístola de San Pablo á los de Corinto, y que era tan soberbio que decia no haberse graduado de doctor en la Universidad por ser su claustro una cuadrilla de ignorantes.» Tambien se le acusaba de que se habia cubierto con el velo de la hipocresía desde que percibió que le habian denunciado al Santo Oficio, con lo que habia conseguido suspender el celo inquisitorial y dar una tregua á la observacion de su conducta, «hasta que ahora la impiedad habia prorrumpido nuevamente en un torrente de iniquidad, poniéndose al frente de una multitud de infelices que habia seducido y declarado guerra á Dios, á su santa religion y á la patria,» hacíansele otros cargos semejantes y se le citaba para que compareciera en el término de treinta dias desde la fijacion del edicto, no pudiendo notificárselo personalmente. Otros edictos aparecieron llenos de malicia y de contradicciones, obra de pasiones agitadas y del espíritu de partido que confundia la religion con la obediencia al soberano.

Hidalgo se defendió de las acusaciones que se le hacian de irreligioso, sosteniendo que nunca habia dudado de las verdades de la Iglesia y de la infalibilidad de los dogmas, en cuya defensa estaba dispuesto á dar toda su sangre; puso por testigos de su protesta á los feligreses de Dolores y S. Felipe, á las gentes que lo habian tratado, á los pueblos donde habia vivido y á las tropas que mandaba; manifestó las contradicciones del edicto, é hizo ver á los mexicanos que el tribunal de la Fé se habia dejado arrastrar del amor del paisanaje, y que jamás habria sido acusado de hereje si no hubiera pretendido libertar á la Nueva-España; que todo lo que se hacia no era más que arma de partido, y preguntaba que de donde habia venido el nuevo dogma de que solamente podia ser católico el que estuviera sujeto al déspota español; tachaba á los españoles de desnaturalizados, pues rompian los más estrechos vínculos de la sangre para hacerse ricos; «creéis, decia, que al atravesar inmensos mares, esponerse al hambre, á la desnudez, á los peligros de la vida, inseparables de la navegacion, lo han emprendido por venir á haceros felices? Os engañais, americanos. ¿Abrazarian ellos ese cúmulo de trabajos por hacer dichosos á hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino su sórdida avaricia; ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados bajo sus piés.» «Rompanos, americanos, esos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo: para conseguirlo no necesitamos sino de unirnos. Si nosotros no peleamos con-

tra nosotros mismos, la guerra está concluida y nuestros derechos á salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido bajo este dichoso suelo: véamosdes de hoy, como extranjeros y enemigos de nuestras prerogativas, á todos los que no son americanos.» Quería tambien que se estableciera un congreso compuesto de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, teniendo por objeto principal mantener la religion, dictar leyes suaves, benéficas y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo.

Claramente está esplicada la idea de independencia al proponer en dicho manifiesto la reunion del congreso, al llamar la Inquisicion apóstata «al promotor de la sedicion é independencia,» y al refutar el arzobispo Lizana el proyecto de Hidalgo de reconquistar la América para los indios. Se ha pretendido ántes y despues de consumada la independencia, menoscabar el mérito de Hidalgo, quitándole el pensamiento de hacerla, diciendo que no era necesario lo que hizo y despreciando los esfuerzos heroicos de las masas, sin querer admitir que de la misma esperiencia que adquirieron á consecuencia del movimiento de Dolores, se prepararon para otro que tuvo mejor éxito. El espíritu de partido ofusca la mente y endurece el corazon; pero ya hoy la sociedad mexicana toda, entona alabanzas de gratitud al primero que aceptó la muerte por hacerla libre, y sus servicios serán siempre glorificados. Aquellos y otros documentos prueban que la revolucion tenia una bandera y un caudillo, objeto determinado y fijo, aunque espresada con vaguedad la manera de plantearlo, segun la ilustracion de la época. A cada paso el historiador Alaman y otros escritores zahieren y zatirizan á Hidalgo, aprovechando cuantas circunstancias favorables se les presentan; bastábales para ser imparciales señalar los sucesos y comentarlos dignamente, pero no mostrar ese prurito por desprestigiar al hombre que aunque les pese, hizo un bien á México. Nótese en los escritos de aquel historiador que siempre que se encuentra con Hidalgo, ya caudillo, lo trata como un canalla, sin quererle conceder eualidad alguna; ya el tiempo ha arrojado sobre ambos el fallo y la generacion presente manifiesta de una manera indudable á quién de los dos debe considerar veraz, franco y patriota.

Asegurado Hidalgo de que Calleja no se moveria de S. Luis Potosí por algun tiempo al saber los preparativos que estaba haciendo y esperando que lo detendrian tambien las inquietudes manifestadas por los partidarios que allí tenia la insurreccion, y que estaban de acuerdo con el cura, hizo salir éste de Guanajuato la vanguardia el 8 de Octubre, y á los dos dias partió él con el grueso de sus tropas, y aunque se dijo que la marcha era para Querétaro, caminó el ejército hácia el Sur dividido en dos trozos por Valle de Santiago y Acámbaro, engrosándose con la prodigiosa multitud que se le unia en el tránsito. Valladolid no pudo defenderse, aunque sus autoridades lo pensaron y con tiempo abandonaron la ciudad el obispo Abad y Queipo, el intendente D. José Alonso de Teran, varios canónigos y muchos de los vecinos españoles, saliendo una comision hasta Indaparapeo á poner la plaza á las órdenes de los libres. El 15 de Octubre entró á aquella ciudad el coronel Rosales, el 16 Jimenez con la seccion que mandaba y el 17 Hidalgo con el resto del ejército, recibéndolo con repiques y la solemnidad acostumbrada en tales casos; quiso entrar á Catedral á dar gracias, pero se halló cerrada la puerta, lo que en extremo le irritó é hizo que se espresara con dureza contra los canónigos, cuyas prebendas declaró vacantes á excepcion de cuatro; despues se calmó y obligó al canónigo conde de Sierra-Gorda, que habia quedado de gobernador de la Mitra, á que levantara la fulminada excomunion, lo que hizo circulando la declaracion por cordillera á los curas, todo lo cual venia en desprestigio de la Iglesia.

Valladolid proporcionó á Hidalgo no solo un buen aumento de tropas, habiéndosele unido las milicias provinciales, el regimiento de dragones de Pátzcuaro y ocho compañías alistadas para la defensa de la poblacion, sino recursos, influyendo mucho la moderada conducta de los gefes insurgentes, procurando de cuantos modos les fué posible contener los desórdenes; una vez tuvo Allende que disparar un cañon sobre la multitud, é Hidalgo confesó allí que el impulso que habia dado á la revolucion lo habia conducido mucho más léjos de lo que alcanzaba la fuerza de direccion que pretendia darla. Se hizo de recursos tomando cuatrocientos mil pesos del cofre de Catedral y algunas sumas de los particulares, dió á personas que le eran adictas varios empleos vacantes en el gobierno de la provincia, confió el mando político con el título de intendente á D. José Anzorena, y conociendo la importancia de aprovechar los momentos de ocupar á México antes que Calleja y Flon pudieran auxiliarlo, salió el 19 de Octubre con destino á la capital confiado en sus tropas, en sus recursos y en la fuerza expansiva de la revolucion.

En Acámbaro hizo una revista general de su ejército que ascendia á ochenta mil hombres, que dividió en regimientos de á mil; allí obtuvo la confirmacion de la voluntad nacional, al ser proclamado generalísimo, recibiendo Allende el grado de capitán general y de tenientes generales Aldama, Balleza, Jimenez y Arias, y el nombramiento de mariscales Abasolo, Ocon, los dos Martínez y otros. A todo el que presentara mil hombres le fué ofrecido el título de coronel con tres pesos diarios de sueldo. Allí apareció Hidalgo con el uniforme de su nuevo empleo «que era casaca azul con vueltas encarnadas y bordados de oro y plata, tahalí de terciopelo negro bordado, y en el pecho una imágen grande de oro de la Virgen de Guadalupe,» solemnizándose todo con repiques y salvas, misa de gracia y Te-Deum. El ejército continuó su marcha por Maravatío, Tepetongo, hacienda de la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca, y el 30 de Octubre destruía en el Monte de las Cruces á las tropas realistas al mando del coronel Trujillo, enviadas por Venegas para contenerlo. Mientras tanto, el gefe realista Flon habia salido de Querétaro y seguia por el interior para unirse con Calleja en Dolores, alejándose del centro de operaciones de los insurgentes, y ya reunidos los realistas entraron á Querétaro el 1º de Noviembre, dia en que las huestes de Hidalgo estaban á las puertas de México, cuyo camino habia quedado abierto con la victoria de las Cruces. Allende opinaba porque avanzaran aventurando un golpe decisivo; pero Hidalgo se opuso alegando la falta de municiones, el terror que en las tropas habian infundido las bajas ocasionadas en la batalla de las Cruces y la noticia de que se acercaban Calleja y Flon. La discusion sobre punto tan interesante agrió los ánimos de ambos gefes, que ya estaban desunidos por celos de autoridad que causaron males á ellos y á la patria.

Coajimalpa, pueblo desde donde se goza con la hermosa vista del Valle de México, fué el punto de retroceso de Hidalgo y del ejército independiente, el cual, segun Venegas, habia sido derrotado, lo que dijo en una célebre proclama en que parodió á las de Napoleon, y no quiso entrar en arreglos de ninguna especie con los parlamentarios que envió Hidalgo, cuyas avanzadas estuvieron en los pueblos de los alrededores de México. Los insurgentes en su marcha retrógrada ignoraban las operaciones que habia ejecutado el ejército realista, y tuvieron la noticia de su aproximacion por los dispersos de una partida que encontró á las avanzadas de Calleja en Arroyozarco; sorprendiéronse en extremo los insurgentes, pasando lo mismo al general español que nada sabia de los movimientos de sus contrarios, y encontrándose ambos ejércitos sin saber-

lo, fué inevitable una batalla, contando los insurgentes con más de cuarenta mil hombres, no obstante las pérdidas que sufrieron por la desercion; con doce piezas de artillería formaron una línea de batalla en el terreno que se extiende desde el pueblo al cerro de Aculco. Calleja movió sus fuerzas el 7 de Noviembre y amenazando atacar la de sus contrarios, quedó resuelta la batalla, al ponerse éstos en fuga precipitadamente dejando sus equipajes y útiles de guerra. Hidalgo se retiró á Valladolid y Allende se fué para Guanajuato.

La desgracia de Aculco, aunque grande, no fué de tal magnitud que pusiera en peligro la revolucion, que habia progresado con grande rapidez; mientras Hidalgo se dirigia á la capital, la Nueva-Galicia, Zacatecas, San Luis Potosí y las provincias internas de Oriente habian sido conmovidas por los diversos agentes del caudillo, y la revolucion habia triunfado en ellas, cayendo en poder de los insurgentes hasta la misma Guadalajara el 11 de Noviembre, lo que abrió un nuevo y vasto campo para continuar la guerra y para fatigar al ejército realista obligándolo á ejecutar una serie no interrumpida de marchas y combates. Sabiendo Hidalgo que en Guadalajara y entre los gefes habia disturbios por cuestiones de autoridad, resolvió ir allá, tanto para averirlos como para aumentar sus fuerzas, y partió el 17 de Valladolid participando poco antes su resolucion á Allende, que reprobó la marcha del cura suponiendo que trataba de salvarse y dejar comprometidos á los demas; le escribió que en lugar de pensar en su seguridad personal, pensara en la de todos y fuera con sus tropas á socorrer la plaza de Guanajuato, en combinacion con otras partidas, lo que le repitió en otra carta usando palabras agrias y destempladas. Estas comunicaciones debió haberlas recibido Hidalgo ya muy léjos de Guanajuato, que fué tomado el 25 de Noviembre y nada habria conseguido con retroceder.

Antes de dejar Hidalgo para siempre la bella ciudad donde se mecieron sus ilusiones juveniles, ordenó ó consintió que fueran matados los españoles que tenia presos, cogidos en diversos puntos de la provincia y aun en la misma Valladolid, ejecutados algunos en la barranca de Bateas y otros en la falda del cerro del Molcajete, cuyos actos fueron ejecutados en virtud de la ley de represalias que es sensible y nada cristiana, pero necesaria; hay que advertir que entre los matados se encontraban algunos que no tenian más delito que su origen, mientras que habia otros que habian sido autoridades. Perdido Valladolid y Guanajuato, se concentró la revolucion en Guadalajara, donde fué establecido un gobierno de que Hidalgo era el gefe con dos ministros, uno «de Gracia y Justicia» á cargo del jóven D. José María Chico, y el otro con el título de «Secretario de Estado y del Despacho,» dirigido por D. Ignacio López Rayon, que nombró á D. Pascasio Ortiz de Letona para que pasase á los Estados-Unidos á arreglar un tratado de alianza ofensiva y defensiva, de comercio y cuanto conviniese á entrambas naciones, dándole Hidalgo y Allende poderes amplísimos firmados tambien por la Audiencia de Guadalajara; Letona fué preso en la Huasteca y, segun el virey Venegas, murió de un ataque cerebral, aunque no falta quien haga intervenir el veneno en el asunto. En aquella ciudad tuvo Hidalgo á su disposicion una imprenta de la que salieron el «Despertador Americano» y multitud de proclamas, así como la contestacion que dió al edicto de la Inquisicion.

Conociendo que era seguro que las tropas realistas seguirian sobre Guadalajara, aumentó Hidalgo sus fuerzas de todos los modos posibles, hizo conducir municiones y artillería del arsenal de San Blas, para lo cual fué preciso vencer enormes dificultades y